

HERMANDAD Y RAÍCES

A Mercedes Rodríguez, in memoriam

*Oí tocar a los grandes violinistas del mundo,
A los grandes “virtuosos”
Y me quedé maravillado.
¡Si yo tocara así! ... ¡Como un virtuoso”
Pero sólo un “virtuoso puede
Ver un día la cara de Dios*
Leon Felipe

*Si soy el roble con el viento en guerra,
¿Cómo viví con la raíz ausente?
¿Cómo se puede florecer sin tierra?*

Los versos que acabo de leer nos hablan de: roble, viento, lucha, raíces, ausencia, florecer, tierra y de un viejo violín. Noble instrumento al que León Felipe comparaba con la vida. A lo largo de la existencia se tensan, se aflojan se rompen la cuerdas, incluso la caja de resonancia o el mástil. Al final de la vida todos hemos sido violinistas. Pero muy pocos los virtuosos por su trayectoria vital.

Suficientes elementos para poder con ellos estar dialogando durante toda la velada. Así es la poesía con la palabra precisa y preciosa; armoniosa y rebelde al mismo tiempo. Y son precisamente varios poemas los mimbres con los que he tejido mis palabras. Ellas nos hablan del apego entrañable del lugar donde nos nacieron. Es decir, no podemos vivir sin nuestras raíces, ni hacer de nuestras vidas una florida primavera si no retornamos al lugar donde vimos la luz por primera vez.

Se nos llena el alma de melancolía y necesitamos los teverganos ver cada mañana la Peña Sobia con sus matices multicolores y los vecinos de Valdescorriel el Pico del Moro, Las Canónigas o acercarse al débil murmullo de las aguas del Cea junto al viejo molino.

Nos resulta grato para el espíritu visitar una ermita donde alzar una plegaria y el encuentro con voz de la palabra muda en los labios de un amigo de la infancia, mientras los clamores del viento traen mensajes de tiempos pasados con imágenes de seres queridos.

El roble como árbol de la vida porque sus raíces son sus ramas en la tierra y su enramada las raíces en el viento. La raigambre es la que sustenta el tronco padre y las ramas abiertas a las generaciones venideras. Los druidas eran los depositarios del saber sagrado de nuestros abuelos celtas que guardaban con rigor y entusiasmo las costumbres

y creencias de los suyos para luego transmitir las a los niños. Pues bien, nosotros, amigos, tendremos que volver -de alguna forma- a recuperar sus enseñanzas para transmitir las a los que vienen detrás.

Un pueblo sin raíces es una naturaleza muerta; un campo yermo que no tiene vida. Un pueblo que no sabe o que no le dejan armonizar sus costumbres de antaño y el respeto a lo nuestro con los tiempos que corren: algunos medios comunicativos con sus “prensamientos” de poca ética y escasa credibilidad, consolas, vídeos y El Gran Hermano que acaba con la dignidad del hombre apostado ante un televisor. Un voraz depredador que termina con la lectura, la música, el arte, la literatura y el diálogo entre los miembros de la familia.

Hace miles de años, por la secreta escala del tiempo y del espacio descendió una mañana la vida hasta los últimos confines de la tierra y de los mares, y se hizo hombre. Y es que el hombre es un ser digno que caminando junto a otro hombre por los andamios y las fraguas de la Historia podemos ascender con nuestra herencia a lo más alto. Y así, regresar al punto de partida, para elevar la Humanidad al sitio sagrado que le corresponde por lugares donde la luz transita en busca del horizonte amanecido.

No nos limitemos a contemplar nuestras raíces, nuestra idiosincrasia y la herencia de nuestros mayores en los museos, considerando que estos archivos son el legado de nuestros ancestros y de todo cuanto fueron. No fijemos en un sólo día las fiestas y romerías porque hay más días para hablar y trabajar por el solar amado en beneficio de la comunidad.

No convirtamos este espacio sacro -tan lleno de vida y de historia, tan cargado de valores espirituales- en un pueblo dormitorio o en un barrio de chalets “acosados”, donde falta la palabra y se ven ojos bizcos y córneas torturadas en el silencio de un verbo cercenado. Porque si falta la voz del ser humano, si falla aquel hombre -cuya palabra era una escritura ante notario-, si desaparece el sexto sentido femenino de nuestras madres y abuelas, si cada uno de nosotros nos refugiamos en el ostracismo individual, habremos perdido nuestras verdaderas raíces, el valor colectivo de lo humano y así lo habremos perdido todo.

Cuanto hagamos en favor de nuestra idiosincrasia, raíces y señas de identidad – tal y como lo estamos haciendo esta tarde y se hará mañana- será un buen signo. Señal de que habremos comenzado una revolución pendiente, incruenta, contestaria, justa y fraterna.

Es la segunda vez que visito estas tierras y como decía Santo Tomás de Aquino sobre la belleza: “produce un placer espiritual inmediato”. El cambio de las altas cumbres y de la cueva de la Virgen a la planicie:

*Bendita la Reina de nuestras montañas
Que tiene por trono la cuna de España...*

del verde montaraz y del mar bravío a las tierras ocres y amarillas de cielos azules que se colman de estrellas en la noche en la azules aguas del Esla. De los valles profundos y la roca caliza del Norte, al surco de la Tierras de Campo donde se dora el trigo y duerme el vino de Noé y de Baco en el sarmiento. Un solar este donde se respira la quinta esencia de la tierra, como escribe en sus versos nuestro poeta zamorano Claudio Rodríguez:

*Por eso la mañana aun es un vuelo
creciente y alto sobre los montes,
y un impulso a ras del suelo
y antes de que funda y de que cobre forma
ya es surco para el nuevo grano...*

Yo he venido aquí esta tarde de la mano de los poetas porque nadie como ellos enseñan la verdad de la vida. La visión cosmogónica hecha palabra de todo cuanto acontece en derredor nuestro.

D. Antonio Machado –hombre bueno, y ligero de equipaje- nos dejó en sus “Campos de Castilla” y “Soledades”:

*Yo voy soñando caminos
de la tarde. Las colinas
las polvorientas encinas...
Yo voy cantando viajero
a lo largo del sendero...*

“Un caminante de versos y oraciones”, llamado León Felipe, zamorano él nacido en Tábara, nos inundó con el “viejo violín” de su palabra escrita con poemas tan profundos que describen la estirpe del hombre zamorano, el dolor que le causaba la falta de raíces y la lástima de no tener una morada donde envejecer y una ventana por donde ver el latido del mundo, para pedir perdón:

*...Y sólo quiero que la última paloma,
la última palabra, pegadiza y terca,
que recuerde al morir, sea ésta: Perdón.*

¡Qué felicidad sentiría el poeta estando esta tarde con nosotros ante este presbiterio admirando y escribiendo –como buen cristiano- un poema de cada una de las pinturas del retablo mayor:

*Hazme una cruz sencilla,
Carpintero...
Sin añadidos, ni ornamentos
Que se vean desnudos
Los maderos
(...)
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el ástil disparándose a los cielos...*

. Versos y plegarias de un gran violinista porque como él decía:

“Sólo el virtuoso puede ver algún día la cara de Dios”

Aunque muerto en México después de un gran exilio a causa de la Guerra Civil, nosotros esta tarde vamos a brindarle hospedaje en la Casa de El Salvador abriendo nuestros corazones a sus versos con la mente puesta en todos aquellos que carecen de un techo donde abrigarse. León Felipe nos dijo:

¡Qué Lástima!

Qué lástima
que yo no pueda cantar a la usanza
de este tiempo lo mismo que los poetas que hoy cantan!

¡Qué lástima
que yo no pueda entonar con una voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!
¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!
Sé que la historia es la misma, la misma siempre, que pasa
desde una tierra a otra tierra, desde una raza
a otra raza,
como pasan
esas tormentas de estío desde esta a aquella comarca.

¡Qué lástima
que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana!
Debí nacer en la entraña
de la estepa castellana

y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada;
pasé los días azules de mi infancia en Salamanca,
y mi juventud, una juventud sombría, en la Montaña.
Después... ya no he vuelto a echar el ancla,
y ninguna de estas tierras me levanta
ni me exalta
para poder cantar siempre en la misma tonada
al mismo río que pasa
rodando las mismas aguas,
al mismo cielo, al mismo campo y en la misma casa.

¡Qué lástima
que yo no tenga una casa!
Una casa solariega y blasonada,
una casa
en que guardara,
a más de otras cosas raras,
un sillón viejo de cuero, una mesa apolillada
(que me contaran
viejas historias domésticas como a Francis Jammes y a Ayala)
y el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla.

¡Qué lástima
que yo no tenga un abuelo que ganara
una batalla,
retratado con una mano cruzada
en el pecho, y la otra en el puño de la espada!
Y, ¡qué lástima
que yo no tenga siquiera una espada!
Porque... ¿Qué voy a cantar si no tengo ni una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla,
ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada?
¡Qué voy a cantar si soy un paria
que apenas tiene una capa!

Sin embargo...
en esta tierra de España
y en un pueblo de la Alcarria
hay una casa
en la que estoy de posada
y donde tengo, prestadas,
una mesa de pino y una silla de paja.
Un libro tengo también. Y todo mi ajuar se halla
en una sala
muy amplia

y muy blanca
que está en la parte más baja
y más fresca de la casa.
Tiene una luz muy clara
esta sala
tan amplia
y tan blanca...
Una luz muy clara
que entra por una ventana
que da a una calle muy ancha.
Y a la luz de esta ventana
vengo todas las mañanas.
Aquí me siento sobre mi silla de paja
y venzo las horas largas
leyendo en mi libro y viendo cómo pasa
la gente a través de la ventana.
Cosas de poca importancia
parecen un libro y el cristal de una ventana
en un pueblo de la Alcarria,
y, sin embargo, le basta
para sentir todo el ritmo de la vida a mi alma.
Que todo el ritmo del mundo por estos cristales pasa
cuando pasan
ese pastor que va detrás de las cabras
con una enorme cayada,
esa mujer agobiada
con una carga
de leña en la espalda,
esos mendigos que vienen arrastrando sus miserias, de Pastrana,
y esa niña que va a la escuela de tan mala gana.
¡Oh, esa niña! Hace un alto en mi ventana
siempre y se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
¡Qué gracia
tiene su cara
en el cristal aplastada
con la barbilla sumida y la naricilla chata!
Yo me río mucho mirándola
y la digo que es una niña muy guapa...
Ella entonces me llama
¡tonto!, y se marcha.
¡Pobre niña! Ya no pasa
por esta calle tan ancha
caminando hacia la escuela de muy mala gana,
ni se para
en mi ventana,
ni se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
Que un día se puso mala,

muy mala,
y otro día doblaron por ella a muerto las campanas.

Y en una tarde muy clara,
por esta calle tan ancha,
al través de la ventana,
vi cómo se la llevaban
en una caja
muy blanca...
En una caja
muy blanca
que tenía un cristalito en la tapa.
Por aquel cristal se la veía la cara
lo mismo que cuando estaba
pegadita al cristal de mi ventana...
Al cristal de esta ventana
que ahora me recuerda siempre el cristalito de aquella caja
tan blanca.
Todo el ritmo de la vida pasa
por el cristal de mi ventana...
¡Y la muerte también pasa!

¡Qué lástima
que no pudiendo cantar otras hazañas,
porque no tengo una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa
solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara
una batalla,
ni un sillón de viejo cuero, ni una mesa, ni una espada,
y soy un paria
que apenas tiene una capa...
venga, forzado, a cantar cosas de poca importancia!

Y de estas tierras, granero de España de espigas y de vino, a las tierras de la niebla y de las altas cumbres donde hay lugares por aquellos valles donde se oculta el alma. Sitios sagrados y esotéricos que con el simple hecho de poner el pie descalzo sobre la tierra, apoyar la mano sobre el tronco de un árbol o escuchar el silbo y las vibraciones del viento, nos permiten acceder a la dimensión sacra que todo hombre lleva consigo.

El palpito del corazón del bosque, el canto del agua, la voz de la palabra muda son vehículos que nos transportan -entre el silencio y la meditación- a centros de energía y mundos mágicos insospechados donde fluyó la vida; donde el espíritu se eleva a lo más alto; donde la esencia del dolor solloza en carne viva.

No todos somos capaces de atisbar ese momento encantado pero sí acercarnos a esos sitios mágicos cerrar los ojos, recogerse en el silente vaho que despide la gleba, los efluvios de la linfa sonora de la cascada al abrir sus entrañas contra la piedra y escuchar el latido de aquel mensaje perdido entre las ondas de la alborada o la noche de los tiempos. Luego, en el más quieto silencio, con voluntad, paciencia y esperanza aguardar que la fantasía haga el resto, al tiempo que nos volvemos protagonistas de aquel suceso nunca narrado: del chasquido en el pedernal del primer fuego; del grito angustioso del ángel degollado; de la balada del gallo silvestre; del canto virginal de la doncella del paso entre las rocas; del aullido del lobo de hielo; de las siete palabras de Cristo o del chakra preferido de Shidarta.

El tiempo se nos duerme entre las manos. Es necesario beber y vivir los días como un chorro dorado y oloroso de sidra cuya alma canta en el corazón del viejo tonel de roble. Porque el tiempo -tan vituperado y acusado de comer la vida- también otro día él se morirá. Pero mientras tanto hermandad y convivencia haciendo juntos este recorrido para que permanezca siempre en el corazón de la memoria.

Está amaneciendo en los puertos de Marabio. Nace un nuevo día. Las sombras de la noche se diluyen en una aurora de luz y de gozo. Se vislumbra una mañana espléndida sobre el pueblo de Prado para vivir la vida. Acaba de salir un manojo de hebras doradas sobre un cielo limpio de nubes y un azul etéreo digno de un pincel afortunado. No obstante, como todos los amaneceres, el triunfo de la luz sobre la niebla no resulta fácil.

Desde la ermita de Santa Ana, donde la madre de la Virgen vela por nosotros, se divisa un mundo de rocío y de fragancias. A nuestros pies emerge otro mundo rebosante de olores y promesas. Y allá en lontananza las piedras y las sombras de la Colegiata de San Pedro con su campanario oradando un cielo cargado de lluvia al lado del tejo milenario.

Todo es grandioso pero ante tanta grandeza, el hombre se encuentra empequeñecido. Una mota de polvo en el espacio. Una gota de lluvia. El rizo de una ola en el proceloso océano. Mejor así; el ego del hombre convertido en soberbia y vanidad se despeña ladera abajo y, desnudo, los restos del naufragio se los lleva una alfguara en precipitada corriente hacia la mar; que es el morir. Mejor disfrutar de la belleza que se abre ante unos ojos incrédulos. Mejor abrir las entrañas del tálamo a la meditación: ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? Tal vez -después de quedarse ebrio de tanta soledad sonora y de escuchar el yunque del silencio- mejor sentirse un ave y volar

por los valles en busca de la tercera verdad. Cerrar los ojos y soñar que en el país de la vida nos necesitamos unos a otros sin el dorado metal de la codicia: porque hay quienes la avaricia de sus árboles les impiden ver la humildad que anida en el bosque; porque no es más feliz el que más tiene sino el que menos necesita. Volver la mirada hacia dentro para vislumbrar la antorcha que llevamos encendida. Despertar y ser felices haciendo dichosos a los demás. El sol ya alumbró el mundo. Un nuevo día para amar. Un arco iris tendido entre Prado y Valdescorriel lleno de esperanza y los mejores deseos de paz y de amistad.

También a estas tierra como lo hicieran León Felipe y Claudio, llegaron un día los poetas y entre ellos, Alfonso Camín –otro peregrino de oraciones y de versos como lo fuera el violinista de Tábara. Se sentó un tarde de otoño, como esta, en la fría piedra del crucero de la colegiata para escribir un bello poema. Versos profundos sobre un árbol sagrado que amparaba con su enramada todo cuanto veía y escuchaba. Habla también el poeta de raíces y emigrantes. De aquellos que no volvieron más a la noble cuna que los meció:

(Lectura del poema de Alfonso Camín: **El Tejo.**

La más antigua ermita

Tiene en Teverga un tejo.

Se sabe el siglo que labró la piedra

Mas no la mano que plantó el renuevo...

Y con estos poemas queda, en nombre de la literatura, ungida la hermandad entre Valdescorriel y Prado. Porque este acto literario no son meras palabras vacías. Los versos –dicho queda- son la esencia de la vida capaces de excitar y de guiar el alma por la senda de la perfección. Ánimo y devoción de entrega para llevar a buen fin la obra hermosa que entre manos tenemos. Es decir la comunión y fraternidad entre dos pueblos que habrán de caminar juntos, de ahora en adelante, en lo bueno y en las adversidades. Si no fuera así, sería este acto un terreno yermo y baldío donde las raíces no se expandirían por falta de amor. Los poetas leídos harán de notarios del reino y levantarán acta en pergamino de piel de cordero.

Voy terminando. Y como los últimos serán siempre los primeros o el buen vino, como en los esponsales de Canáan, se sirve en los postres, unas palabras de afecto y gratitud para Mercedes y Tomás.

Ella porque se fue y deja entre nosotros su bondad y recuerdo. Mujer profunda, tevergana de bien. Ejemplo a seguir. Homenaje merecido a su memoria. Él, Tomás de

aquí, sí, por tu generosidad para con el pueblo que te vio nacer y para con aquellos que necesitan la mano tendida y solidaria. Como decía León Felipe, sólo aquellos que saben tocar bien el violín verán el rostro de Dios.

Tomás Casado. Eres un buen violinista y por tus hechos te conocerán. Como dice Herminio Ramos, aquí pongo fin a mi sonata de otoño que se compone sobre el pentagrama de la vida y se ejecuta, casi siempre, con el corazón.

Que la luz del bien brille siempre en vuestros ojos, como la vuestra lo hará en los míos.

Gracias

© Celso Peyroux, Cronista Oficial de Teverga

Miembro del Real Instituto de Estudios Asturianos

Teverga / Valdecorriel, Septiembre de 2009

